

## LO QUE NOS RETIENE EN ESTE MUNDO

Fernando Arenales Aliste, 1 de marzo de 2021

Nosotros, adventistas del séptimo día, esperamos la segunda venida de Jesús. No sólo la esperamos sino que también la ansiamos. Nuestra espera está siendo larga: casi 180 años. Varias generaciones. Pero el Señor aún no ha venido.

¿Reveló el Señor a nuestros pioneros la profecía de los 2300 días para luego tener que esperar casi 200 años? ¿Los sucesos que conducirán al fin habían aún de demorarse casi 200 años? Ni mucho menos. No era ése el deseo del Señor. Trasladémonos a un texto de la Biblia que describe nuestro tiempo presente:

*“Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplará viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”.*

*Apocalipsis 7:1-3*

Nos encontramos en este texto a cuatro ángeles deteniendo los vientos de la tierra. Es eso exactamente lo que está ocurriendo actualmente. Esos vientos representan todos los acontecimientos terribles que antecederán al fin. No se han soltado aún porque están siendo detenidos por mandato divino. Es cierto que hoy en día atisbamos que se están soltando poco a poco. Pero –aunque se esté gestando– no ha llegado aún una ley dominical ni la persecución literal al pueblo de Dios.

¿Por qué ese mandato divino de sujetar los vientos? Encontramos la respuesta en el propio texto: *“hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios”*. Lo que lo está demorando todo es la imposibilidad de, hasta la fecha, sellar al pueblo de Dios. La clave de la demora está dentro del pueblo de Dios. No está en el papa. No está en los gobiernos del mundo. No. Está dentro del pueblo de Dios. Es interna. Es inútil que busquemos y busquemos fuera, tratando de indagar la información más actualizada sobre cuáles son los propósitos de las autoridades religiosas y civiles del mundo. La ley dominical llegará. Llegará la persecución literal. Pero no antes de que suceda algo dentro del pueblo de Dios.

Intentemos obtener más luz por medio de este otro texto de las Escrituras:

*“Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos **al otro lado**. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? **Y levantándose, reprendió al viento**, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis*

así amedrentados? **¿Todavía no tenéis fe?** Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: *¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?*

*Marcos 4:35-41*

Los seguidores de Jesús, los apóstoles, querían pasar “*al otro lado*”. A ello les había invitado Jesús. Pero Jesús tuvo que hacer cesar el viento, tal y como vimos en el relato de Apocalipsis 7. Los apóstoles no estaban preparados para ese viento. ¿Cuál era la razón? Estaban temerosos, y en la pregunta que les hace Jesús se nos da la clave definitiva: “*¿Todavía no tenéis fe?*”. La razón por la que Jesús tuvo que reprender el viento era la falta de fe de los apóstoles. Su falta de fe les privaba de la capacitación necesaria para soportar los vientos, llevándoles a un estado de temor.

Este relato no está en la Biblia por casualidad. Este relato es para nosotros. Jesús tiene mandado a sus ángeles que sujeten los vientos por nuestra falta de fe. Ahí radica el problema. De la misma manera que el antiguo pueblo de Israel no pudo entrar en Canaán cuando Dios lo tenía todo preparado para ellos:

*“Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad”.*

*Hebreos 3:19*

En el relato de Apocalipsis 7 veíamos que los vientos eran retenidos hasta que los siervos de Dios fueran sellados. En el relato de Marcos 4 veíamos que los vientos eran retenidos por la falta de fe de los seguidores de Jesús. Por tanto, ambas razones –el no ser sellados y la falta de fe– han de estar relacionadas. Veamos que la Biblia no se contradice y así nos lo confirma:

*“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y **habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo** de la promesa”.*

*Efesios 1:13*

Por tanto, ¿cómo somos sellados? ¿Cuándo somos sellados? El texto es absolutamente inequívoco: cuando creemos. Hay que señalar que este texto de Efesios 1 no habla del sellamiento final del que habla Apocalipsis 7, sino del sello que recibe el creyente cuando cree por primera vez el Evangelio y se le da el Espíritu Santo. No obstante, ambos sellamientos tienen lugar de la misma manera: creyendo. La fe es un don de Dios en cuyo ejercicio el creyente va progresando. Y es Jesús, por medio del Espíritu Santo, quien rige todo el proceso, desde nuestro sellamiento inicial hasta el definitivo. Jesús es: “*el autor y consumidor de la fe*” (Hebreos 12:2).

Ahora, ¿puede ser que nuestro problema sea que, en realidad, no creemos? Esto es muy duro de admitir para nuestro orgullo humano. Nosotros, que podemos llevar tantos años en la iglesia, que podemos haber hablado a tantas personas de la segunda venida de Jesús, y del “*justo juicio de Dios*”, ¿podemos no creer? Por duro que sea de admitir, ésta es la cruda realidad de Laodicea. Laodicea cree ser rica, pero el Testigo fiel le dice que es pobre, y que, para ser rica, compre de Él “*oro refinado en fuego*”, es decir, fe.

Volvamos a leer Efesios 1:13:

*“En él también vosotros, **habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa**”.*

*Efesios 1:13*

Somos sellados con el Espíritu Santo al haber oído la palabra de verdad. ¿A qué palabra de verdad se refiere? Lo dice a continuación: al Evangelio de nuestra salvación.

Recordemos de nuevo el caso de los israelitas vagando por el desierto, “*que no pudieron entrar a causa de incredulidad*” (Hebreos 3:19). Un poco más adelante se nos dice exactamente en qué radicó su incredulidad:

*“Porque también a nosotros **se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron**”.*

*Hebreos 4:2*

Así que el asunto está claro. El antiguo Israel no entró a Canaán desde Cades-Barnea por no creer la buena nueva, es decir, el Evangelio. Es el mismo problema que el relatado en Efesios 1:13. Ahora bien, dado que la palabra “evangelio” quiere decir “buenas nuevas”, Efesios 1:13 podría parafrasearse de la siguiente manera: fuimos sellados con el Espíritu Santo habiendo oído **las buenas nuevas de nuestra salvación, y habiendo creído en ellas**.

Puntualicemos aquí algo extremadamente importante. La palabra “nueva” equivale a la palabra “noticia”. Una noticia contiene un acontecimiento ya sucedido. Una noticia no trata un asunto futuro. No es algo que sucederá dependiendo de una serie de circunstancias. Es algo que ya aconteció, como sucede con las noticias que leemos en los periódicos. Es fundamental entender que el sellamiento se produce cuando oímos las buenas nuevas de nuestra salvación y **creemos en ellas**. Nuestra salvación es un hecho. Ha sido dada en Cristo a todo ser humano sobre la faz de la tierra. La única razón que hará perderse a cualquier ser humano es rechazar esa salvación.

Sin embargo, la mayoría del mundo cristiano tiene un concepto de evangelio diferente, considerando el evangelio como la promesa de salvación a cambio de algo, sea este algo los sacramentos, mi buena conducta, o mi fe, a cambio de la cual Dios me recompensará. Pero no es así. La fe, por ejemplo, no añade nada a mi salvación. La fe simplemente es el medio para que yo vea, para que constate, lo que ya es un hecho, y para que, una vez constatado, una vez creído, tome y reciba el hecho, el regalo de Dios, producto tan sólo de su gracia. Sin fe no puedo recibir el regalo, pero no porque no se me haya dado.

Éstas son verdaderamente buenas nuevas. Tan buenas que la mayoría del mundo cristiano simplemente no las cree, de modo que las reinterpreta, inventando un evangelio que se adapte mejor a su lógica. La gracia es un concepto extraño a este mundo caído. En este mundo todo tiene un precio. No se obtiene nada a cambio de nada. En este mundo caído no existe la gracia, y por ello es un concepto no fácilmente asimilable. Pablo consideraba tan importante el concepto de la gracia, que despidió todas sus cartas bíblicas –absolutamente todas– con un versículo semejante al siguiente:

*“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén”.*  
*Romanos 16:24*

Pablo ansiaba que la gracia fuese con todos esos discípulos a los que él mismo se la había predicado. ¿Por qué? Porque sabía del peligro de que reinterpretasen las buenas nuevas de la gracia y, simplemente, se quedasen sin ella. Así se lo expresó a los gálatas:

*“De Cristo os desligasteis los que por la ley os justificáis; **de la gracia habéis caído**”.*

*Gálatas 5:4*

Los gálatas cayeron de la gracia, se desligaron de Cristo, por intentar justificarse por medio de las obras de la Ley. El asunto es tan importante, que la propia Biblia cierra de esta manera concluyente:

*“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén”.*  
*Apocalipsis 22:21*

Ahora, comentábamos que la dificultad para asimilar –para creer en definitiva– el Evangelio de la gracia ha llevado a la mayoría del mundo cristiano a reinventar un evangelio que se adapte mejor a su lógica. Esta reconstrucción del evangelio, esta reinención de un evangelio falso, puede ser hecha a nivel de congregación. Pero puede también ser hecha a nivel individual, si nuestra mente, incapaz de creer tan buenas nuevas, antepone su lógica al incontestable “escrito está”. Y comento esto para que tengamos en cuenta que, nosotros, adventistas del séptimo día, no estamos libres de este peligro. Es más, éste es un problema que ha abundado en Laodicea, y que ha derivado en todo el gran problema de legalismo, en sus diferentes formas, del que habla el Testigo fiel a nuestra amada iglesia. Y eso, indudablemente, ha sido clave en retenernos en este mundo.

El Espíritu Santo con el que somos sellados *“habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él”* constituye *“las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”* (Efesios 3:14). Es decir, el Espíritu Santo con el que somos sellados cuando creemos el Evangelio es la garantía de que alcancemos la meta pretendida. Todo pasa por creer, y creer la verdad.

Los gálatas reconstruyeron el evangelio a su medida, y pasaron a tener una versión distorsionada y, por lo tanto, falsa. La verdad nos hace libres (Juan 8:32), pero, lógicamente, este evangelio falseado no les hacía libres a los gálatas, sino que se mordían y se comían unos a otros (Gálatas 5:15). Pablo se vio obligado a recordarles las buenas nuevas de Cristo crucificado, diciéndoles lo siguiente:

*“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”.*  
*Gálatas 3:13*

Cristo se hizo maldición **por nosotros**. ¡Por todos! ¡Por todo ser humano que ha pisado este mundo! *“Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros”* (Isaías 53:6). No tenemos causas pendientes ante Dios. Cristo cargó con todos nuestros pecados y, consecuentemente, con la paga por ellos, que es la muerte segunda, una muerte que es

inmediata a cometer un pecado, tal y como nos confirma Génesis 2:17. La muerte segunda que nosotros merecemos recayó, no en nosotros, sino en Él cuando colgaba de la cruz del Calvario. Lo sepa o no, todo ser humano –cristiano o no cristiano– que haya vivido en este mundo le debe su vida temporal en esta tierra al sacrificio de Cristo en la cruz.

Pero el que Jesús se hiciera maldición por nosotros cumple un propósito adicional. Lo vemos en el versículo siguiente:

*“para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles”  
Gálatas 3:14a*

El objetivo de Dios es que recibamos la bendición de Abraham, que es la justicia por la fe, la restauración a la voluntad divina, a la armonía con la Ley de Dios. Dios no nos la exige, sino que nos la prometió por medio del Pacto Eterno. Pero no podemos recibir la bendición sin que primeramente Cristo se hiciera maldición por nosotros. Entre otras razones, porque Dios sabe perfectamente que el temor al castigo es un factor paralizante. El trabajador cuyo jefe es excesivamente severo no rinde bien en el trabajo por temor a la ácida crítica del jefe. El futbolista cuyo entrenador es excesivamente severo no rinde a plenitud por el temor a la sustitución ante el más mínimo fallo. El hijo de unos padres excesivamente severos vive bajo una tensión que paraliza todas sus actividades y toda su formación. Ésta es una realidad que, en mayor o menor medida, se cumple en todo ser humano. Dios la conoce, y nos la expresa con claridad meridiana en el siguiente texto:

*“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir **por medio de la muerte** al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y **librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre**”.*  
*Hebreos 2:14-15*

Dios sabe que el temor a la muerte, a la paga por nuestros pecados, nos deja sujetos a servidumbre, a la esclavitud al pecado. ¿Qué hace Él ante ello? ¡Nos despeja el camino de todo temor al castigo, a la represalia o a como quisiéramos llamarlo! ¿Cómo? Recibiendo Él mismo, en la persona de su Hijo, la paga que sólo a nosotros nos correspondía según la Ley. Nos dice bien alto, con voz clara y nítida: “¡Hijo mío. Te amo. No tengo causas pendientes contra ti. Eres acepto en el amado!”. El eco de las palabras del padre que recibía a su hijo pródigo se hace audible a nuestros oídos. Y todo ello gracias al sacrificio de nuestro Señor Jesucristo.

Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar el principio que nos anuncia el apóstol Pedro:

*“Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque **el amor cubrirá multitud de pecados**”.*  
*1 Pedro 4:8*

Así es. El amor cubrirá multitud de pecados. No los proclamará a los cuatro vientos. Ni los recordará puntillosamente. Dios no excusa el pecado, pero no queda esperando para tomar severa venganza sobre nosotros. Ahora, ¿cuál es el principio encerrado en ese consejo? El principio de la cruz de Cristo.

El método habitualmente conocido en el mundo es el engaño del diablo para, haciéndonos pensar que la crítica sacará del hoyo al que yerra, verdaderamente hundirlo más y más. Cristo no hizo así. Cristo “cubrió” todos nuestros pecados en la cruz del Calvario para librarnos de esa inasumible carga.

Cuando Pablo se despedía de los ancianos de la iglesia de Éfeso, les pronunció las siguientes palabras:

*“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para **dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios**”.*

*Hechos 20:24*

Pablo les dice que su gran misión, su ministerio fundamental, en definitiva el centro mismo de su vida, fue dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Así se lo había encomendado el Señor Jesús. Él sabía la importancia que esto tenía. Pues bien, muy poquito después, continuando en el mismo texto, Pablo dice lo siguiente:

*“Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y **de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos**”.*

*Hechos 20:29-30*

Pablo sabía que para el diablo se hace insoportable que la gente conozca el Evangelio de la gracia. El diablo sabe perfectamente que esas buenas nuevas rompen su poder. Lo desarman. Esas buenas nuevas hacen que los rostros de los creyentes se vuelvan amorosamente a Jesús. ¿Cuál sería lógicamente la reacción de Satanás? Distorsionar las buenas nuevas de la gracia ante algunos de los propios cristianos para arrastrar a otros muchos.

¿A qué les encomienda Pablo ante ese peligro? Lo leemos a continuación:

*“Y ahora, hermanos, **os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados**”.*

*Hechos 20:32*

La solución que propone Pablo es encomendarnos a Dios, a su Palabra, no a los hombres. La Palabra del Evangelio de la gracia es la que “*tiene poder para sobreedificaros*”. Satanás utilizará hombres para engañarnos, pero, si nos ceñimos al “escrito está”, estaremos a salvo. Y no pensemos que esos hombres son sólo Constantino o los papas. Satanás va a tratar siempre de mover a cristianos de la gracia al legalismo, y, siempre que pueda, lo hará con cristianos influyentes, pues, de esa manera, podrá arrastrar a otros muchos.

La liberación que nos dio Cristo en la cruz del Calvario constituye verdaderamente buenas nuevas. Pero ya vemos cómo Pablo anuncia que, lamentablemente, el diablo llevaría a la mayoría del cristianismo a creer justamente lo opuesto. Efectivamente, el temor a un castigo, que según muchos era horrible y eterno, ha paralizado a millones de cristianos y los ha esclavizado a la servidumbre del pecado, del que no pudieron salir. El

diablo consiguió engañarlos adulterando terriblemente las buenas nuevas de nuestro gran Dios.

Nosotros, adventistas del séptimo día, no estamos exentos de esta parálisis que nos lastra al pecado si no tenemos claro *“que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no imputándoles a los hombres sus pecados”* (2 Corintios 5:19). Y así se percibe con demasiada frecuencia a hermanos y hermanas en los que se adivina en sus conductas una motivación errada: ganar el favor de Dios, o eludir su castigo –y cuidado porque estas motivaciones erradas pueden estar bien camufladas–. Pero nada puede hacernos ganar el favor de Dios. Y nada puede hacernos ganar el favor de Dios porque ¡ya lo tenemos! ¡Somos *“aceptos en el amado”*! (Efesios 1:6). Dios no está enemistado con nosotros. ¡La enemistad es nuestra! Es nuestra reconciliación a Él la que está pendiente. Y sólo queda que la aceptemos, pues ya nos la dio en Cristo.

El Espíritu de Profecía nos recuerda una regla psicológica que no es sino el principio de la cruz, del que hemos estado hablando:

*“Los que yerran no pueden ser restaurados de otra manera que por el espíritu de mansedumbre, amabilidad y tierno amor”.*

*Testimonios para la iglesia, tomo V, p. 577*

Cuántos males evitaríamos en nuestras familias o con nuestros amigos si retuviésemos esta preciosa información que nos da el Espíritu Santo. Y, por cierto, ¡cuántos males evitaríamos también en nuestra amada iglesia! La represalia, la reprimenda o la coacción no son el camino a seguir ante el mal hacer de nuestro prójimo. No ya porque son censurables en sí mismas –que lo son–, sino porque son inútiles. No solucionan el problema, sino que lo agravan. No son vías redentoras.

Ahora, esta máxima que nos da el Espíritu Santo atenta contra nuestra lógica humana. No es mansedumbre, amabilidad o tierno amor lo que aflora en la carne ante el daño que nos hace el prójimo. Pero sí que es lo que aflora en Dios ante nuestros pecados. Sí que es lo que aflora en Jesucristo aun cuando fue crucificado por todos nuestros pecados. Ése es el amor ágape, el amor de Dios, el que *“no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor”* (1 Corintios 13:5). *“Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”* (1 Corintios 13:7). Justamente eso caracteriza a Dios, *“porque Dios es amor”* (1 Juan 4:8).

Dios, que desde luego conoce ese principio de la psicología humana, sabe que sólo la mansedumbre, la amabilidad y el tierno amor pueden hacer redención en nosotros. De modo que consideremos algo que será vital en nuestra experiencia cristiana: si llegamos a ver en Dios actuaciones que nos parecen ajenas a este principio, reconsideremos nuestros conceptos sobre Dios porque es probable que contengan error o errores. Reestudiémoslos a la luz de la Biblia porque probablemente hay cosas que habíamos entendido mal.

Toda visión distorsionada del carácter de Dios llevará a construir en la mente un evangelio distorsionado. Y todo evangelio adulterado presentará a un dios irreal. Pongamos un ejemplo. La fe es el medio por el cual me apropio de una salvación que ya me dio Dios por gracia. Pero yo podría pensarlo de otra manera, considerando que Dios me da la salvación cuando yo tengo fe. Eso sería una mera transacción. Ya no sería

gracia. La fe se convertiría en una obra meritoria, y, ante nuestros ojos, Dios aparecería como un ser egocéntrico, que nos da algo cuando nuestra fe le reconoce a Él. ¡Nada más lejos de la realidad! Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha delante de él (Efesios 1:4). Podría ponerse otros ejemplos de evangelios adulterados distorsionando el carácter de Dios, pero la obra de una fe disfrazada como la genuina fe bíblica es quizá de las más sutiles.

Fijémonos en cómo describe el Espíritu de Profecía las consecuencias de tener concepciones equivocadas acerca de Dios:

*“Toda la vida espiritual es moldeada por nuestras concepciones acerca de Dios; y si mantenemos conceptos erróneos de su carácter, **nuestras almas permanecerán dañadas**”.*

*Review & Herald, 14 enero 1890*

Dramático pero lógico. Si la verdad nos hará libres, la no verdad nos dejará donde estábamos: dañados, en la servidumbre del pecado. No podía ser de otra manera.

En contraste, veamos esta otra cita del Espíritu de Profecía:

*“Lo que santifica al alma es el crecimiento en el conocimiento del carácter de Cristo. Discernir y apreciar la maravillosa obra de la expiación transforma al que considera el plan de salvación. Al contemplar a Cristo, se transforma a la misma imagen, de gloria en gloria como por el Espíritu de Dios. La contemplación de Jesús llega a ser un proceso refinador y ennoblecedor para el cristiano mismo. Él ve el Modelo y crece a su semejanza, y entonces, cuán fácilmente se arreglan las disensiones, las luchas y las rivalidades. La perfección del carácter de Cristo es la inspiración del cristiano. Cuando lo vemos como Él es, se despierta el deseo de ser como Él, y esto eleva al ser entero; porque ‘todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro’ ”.*

*Review & Herald, 26 agosto 1890*

Evidentemente, todo esto funciona si es al verdadero Cristo al que contemplamos. “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). Ya vimos que conceptos erróneos sobre Él dejarán nuestras almas dañadas. Leeremos otro párrafo del mismo artículo del Espíritu de Profecía:

*“Cuanto más estudie el carácter de Cristo, tanto más atractivo aparecerá ante usted. Llegará a estar cerca de usted, en estrecho compañerismo; sus afectos irán hacia Él. Si la mente es moldeada por los objetos con los cuales más se relaciona, entonces pensar en Jesús, hablar de Él, lo capacitará para ser como Él en espíritu y carácter. Reflejará su imagen en lo que es grande y puro y espiritual. Tendrá la mente de Cristo y Él lo enviará al mundo como su representante espiritual”.*

*Review & Herald, 26 agosto 1890*

En otras palabras, Dios pretende sacarnos de nuestro problema del pecado no por la represalia, no por coacción, no por la amenaza, no por el incentivo de una recompensa, sino permitiéndonos ver lo que Él es. Y, al verlo tal cual es, podemos constatar el amor



que tiene por toda la raza humana, por nosotros, miserables y pecadores como somos. Sólo así aflorará el amor en nosotros. Como dice la Escritura:

*“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”.*

*1 Juan 4:19*

Pero veíamos al principio que lo que nos retiene en este mundo es la falta de fe, y veíamos que la falta de fe comienza por albergar falsos conceptos de Dios. Veamos cómo nos describe esta cruda realidad el Espíritu de Profecía:

*“Las iglesias adolecen de piedad personal y de una experiencia más profunda, mucho más profunda, en el conocimiento de Jesucristo. El espíritu de resistencia que ha sido exhibido al presentarse la justicia de Cristo como nuestra única esperanza ha entristecido el Espíritu de Dios”.*

*Carta 116, 27 agosto, 1890*

El Espíritu de Profecía es concluyente: Laodicea no conoce verdaderamente a Jesucristo, a su Salvador, al Salvador del mundo. Por supuesto cree conocerlo, pero, realmente, no lo conoce, o no lo conoce como debiera conocerlo. Y, así, lo tiene a la puerta, llamando infatigablemente, mientras languidecemos en nuestro estado de tibieza.

En la cita anterior, Ellen White vincula la falta de conocimiento acerca de Jesucristo con la resistencia al mensaje de la justicia de Cristo. Pero nos dice que ese mensaje es ¡nuestra única esperanza! ¿Por qué es así? Ella misma nos lo explica:

*“Se me ha preguntado: ¿Qué piensa de esa luz que estos hombres están presentando? –Pienso que la he estado presentando en los últimos cuarenta y cinco años: **los encantos incomparables de Cristo**”.*

*The 1888 Ellen G. White Materials, p. 349*

El mensaje que traían aquellos dos hombres, los pastores Waggoner y Jones, contenía luz sobre los encantos incomparables de Cristo. Ésa es nuestra única esperanza: que seamos capaces de contemplar y constatar los encantos incomparables de Cristo. Leamos a continuación la obra que comienza en nosotros cuando comenzamos a contemplarlos:

*“No dejéis de mirar a Jesús levantado en la cruz, y, **según miráis, creed y vivid**, pues, por fe en el sacrificio expiatorio podéis ser justificados por medio de la redención que es en Cristo Jesús. **Creed que sois perdonados, que sois justificados**, no en transgresión y desobediencia, sino **en sumisión a la voluntad de Dios**. ...”.*

*The signs of the time, 1 diciembre 1890*

Cuando Dios nos perdona, nos justifica, pues perdón y justificación son una y la misma cosa. Dios no nos deja en un estado de transgresión y desobediencia, sino que nos otorga gratuitamente la sumisión a su voluntad. Pero tal sumisión ha de ser recibida también por medio de la fe. Muchos de nuestros problemas frente al pecado provienen de no creer eso. Babilonia devaluó completamente el concepto bíblico de perdón, y aún no nos hemos deshecho completamente de esas lacras. El perdón de Dios no es meramente legal. Es restaurador. Es regenerador. Transforma el corazón.

Avanzando un poco en el mismo artículo, leemos lo siguiente:

*“... Estudiad mucho, y orad para que, así como Cristo os ha mostrado el camino, Él pueda **por Su gracia** manteneros en el camino. Pues **somos mantenidos por el poder de Dios a través de la fe**. Y ni siquiera la fe es nuestra, sino que también es don de Dios. ... Si abrigáis pensamientos de Cristo, su obra y su carácter, seréis conducidos a profundizar en la verdad, y seréis capacitados para entrar en posesión de preciosas joyas de verdad. ...”.*

*The signs of the time, 1 diciembre 1890*

¡Asombroso! ¡Maravilloso! Si abrigamos pensamientos de Cristo, ¡seremos conducidos a profundizar en la verdad!, ¡en Él! Él mismo nos capacitará para poseer mucho más de Él, para poseer ¡preciosas joyas de verdad! El Espíritu Santo que nos fue dado cuando oímos por primera vez y creímos el Evangelio de nuestra salvación, es las arras, es la garantía, de irnos mostrando más y más. El enamoramiento incipiente que surgió en nosotros hacia Cristo irá perfeccionándose hasta la perfecta capacitación para estar dispuestos para las bodas del Cordero. A diferencia de lo que sucede en los enamoramientos terrenales, en este caso el Novio celestial se encarga personalmente de asegurar el genuino enamoramiento integral de la futura esposa, para que ésta, débil y frágil como es, no corra el riesgo de enamorarse de pretendientes aduladores que realmente no la aman, sino que pretenden en realidad su destrucción. ¡Dios realmente nos ama! Simplemente hemos de confiar en su segura guía.

Sigamos leyendo el artículo:

*“... A través de una apreciación del carácter de Cristo, a través de la comunión con Dios, el pecado se convertirá en odioso para vosotros”.*

*The signs of the time, 1 diciembre 1890*

Y no puede ser de otra manera. Si me habitúo, por ejemplo, a ver películas bélicas, mi corazón se llenará de violencia. Si me habitúo a contemplar amor, mi corazón se llenará de amor. De manera que es la pretensión de Dios mostrarme todo su amor, para que yo lo contemple, y viva. Y me lo muestra en su Palabra, en Jesucristo. E irá mostrándome poco a poco, y Él personalmente se asegurará de irme dosificando las muestras, para que yo las pueda asimilar.

Ojalá muy pronto Laodicea pueda exclamar la primera parte del siguiente versículo de la primera carta de Juan:

*“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor”.*

*1 Juan 4:16a*

Y cuando genuinamente lo pueda proclamar, se cumplirá en Laodicea la segunda parte del versículo:

*“Y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él”.*

*1 Juan 4:16b*

Y entonces, ahí sí, Jesús vendrá a recoger a su pueblo.